



CONFERENCIA DE BARCELONA

¿Funcionará la Asociación Euromediterránea?

Emilio MENENDEZ DEL VALLE

Son de general conocimiento las serias dificultades —económicas, sociales, políticas y de identidad— a las que se enfrenta el Magreb. Las dramáticas «revueltas de la sémola» que durante los años ochenta tuvieron lugar en diversos Estados magrebíes y de Oriente medio fueron signo externo, con repercusión mundial, de las arduas condiciones socio-económicas y de la desesperación popular. Desesperación, frustración y desencanto, poso del fin del sueño colectivo pan-árabe y del supuesto reparto social de la riqueza que diversos regímenes se habían comprometido, durante años, a llevar a cabo.

El islam político y militante, el fundamentalismo, comienza a consolidarse cuando se hace patente el incumplimiento de las promesas (del Magreb al Mashrek) contenidas en el informal y *sui ge-*

neris contrato social entre las poblaciones árabes y sus gobernantes. A cambio de la renuncia de aquéllas a las libertades políticas y constitucionales (familiares en Occidente, pero extrañas al ámbito musulmán), éstos

En el Magreb, las escasas inversiones se hacen en el sector hotelero y no en áreas generadoras de puestos de trabajo.

aseguraron que garantizarían un digno nivel de vida y de consumo. La libertad política quedaba así sacrificada ante el superior altar del nacionalismo árabe. La derrota ante Israel de 1967 constituyó la primera señal de que el contrato había sido un mal negocio para los pueblos. La guerra por Kuwait y la humillación de Irak admite una doble lectura, que no podemos tratar en estas páginas (1).

La renta per cápita, el desempleo, la considerable emigración a Europa son, en todo caso, indicadores suficientes de la insatisfactoria situación magrebí.

La relativa o absoluta, según los casos, dependencia alimentaria del extranjero (2),

(1) De este implícito contrato social se ocupan, entre otros: Saad Eddin Ibrahim, «Crisis, elites and democratization in the Arab world», *The Middle East Journal*, Washington, Primavera 1993, p. 293. John Waterbur: «Democracy without democrats? The potencial for political liberalization in the Middle East», *Democracy without democrats? The renewal of politics in the Muslim world*, Ghassan Salame, editor, IB Tauris, London 1994, p. 27. Abdelbaki Hermassi: «Socio-economic change and political implications: the Maghreb», *idem*, p. 227. Gema Martín Muñoz: «Economía y estabilidad política en el mundo árabe», *Boletín ICE*, Madrid, 21-11-1994, pp. 3081, 3083 y 3087. Gema Martín Muñoz y Jesús A. Núñez: «Modernización e inmovilismo en el Magreb», *Política Exterior*, Madrid, febrero-marzo 1995, pp. 102 y 122. Jill Crystal: *Oil and politics in the Gulf: rulers and merchants in Kuwait and Qatar*, Cambridge University Press, 1990, p. 46.

(2) Argelia importa el 70% de sus cereales, Túnez, el 50% y Marruecos el 35%.

consecuencia del abandono de la agricultura por una mala concepción estratégica de las prioridades industriales; la excesiva y paralizante burocracia estatal y la corrupción; la enorme deuda, son algunos de los más importantes males del sector público.

La profesora de la Universidad Autónoma de Madrid, Gema Martín Muñoz, compendia acertadamente en una sola frase los males del sector privado: existe en todas las sociedades árabes «una clase de hombres de negocios o empresarios que han amasado inmensas fortunas, mientras, paralelamente, la situación financiera de los Estados se degradaba y la base productiva de sus economías no crecía» (3).

Según los datos de George Corm, que resalta la profesora Martín Muñoz, la fortuna privada de estos *sui generis* hombres de negocios se acerca a los quinientos mil millones de dólares, cifra superior al PIB combinado de los veintiún Estados árabes. Dice Corm: «Estos empresarios no son innovadores, como lo es el prototipo asiático. Su dinero no se invierte de modo que contribuya a que el mundo árabe dé un salto cualitativo...». Invierten, sobre todo, fuera del área árabe, preferentemente en sectores especulativos, financieros, inmobiliarios. En el Magreb, las escasas inversiones se hacen en el sector inmobiliario y hotelero de lujo. Esto es, no hay inversiones en áreas productivas, no se crean puestos de trabajo, no hay acumulación ni tejido industriales (4).

(3) Gema Martín Muñoz: «Economía y estabilidad...», *op. cit.*, p. 3084.

(4) Geroge Corm. «L'aggravation des déséquilibres et des injustices économiques au Proche-orient», *Le Monde Diplomatique*, septiembre 1993 y «L'ajustement structurel du secteur privé dans le monde arabe: taxation, justice sociale et efficacité économique», *L'économie du Proche-Orient dans une perspective de paix*, Parlamento Europeo, Estrasburgo, 1994. De todo ello se ocupa Gema Martín Muñoz, *op. cit.* p. 3084 y 3085.

La dualización que en numerosas sociedades árabes se deriva de una realidad dramáticamente dividida en dos (clases sociales integradas en el sistema productivo nacional y, por otro lado, un considerable espectro marginado social y productivamente) y la contestación radical que resulta de ello dificulta extraordinariamente la vía democrática. Conduce a que «el surgimiento del Estado de derecho, de sistemas democráticos en sentido occidental, sea muy difícil si no improbable en un futuro más o menos próximo. Pues el sistema resulta intrínsecamente desgarrado entre, de un lado, el autoritarismo de las capas dirigentes, el liberalismo cultural de las capas socialmente privilegiadas y, del otro, el radicalismo, a menudo fanático, de los excluidos» (5).

Ya de por sí, la transición de un régimen o de un sistema autoritario a otro más abierto y pluralista comporta problemas muy graves. Cuando se intenta en condiciones socio-económicas delicadas, la cosa se complica. Y puede llegar a ser excepcionalmente compleja y peligrosa en un caso como el del Magreb, donde se acumulan y solapan factores estructurales sociales, económicos y políticos, acelerado crecimiento demográfico, fracturas étnicas e identidades culturales y religiosas en búsqueda activa de reafirmación.

En un ambiente, situación y características como las que hemos venido exponiendo, se encuadran las iniciativas de la Unión Europea hacia el Magreb.

Sobre los valores culturales y sociales del Sudeste asiático, base de una organización social jerarquizada y respetada, causa de eficacia y crecimiento económicos, en cuanto contramodelo al del Magreb, ver: Francois Houtart, «Sud-Est asiatique. Des dragons modèles?», *La Revue Nouvelle*, Bruselas, enero 1993, y Kishore Mahbubani, «The Pacific way», *Foreign Affairs*, Nueva York, enero, 1995.

(5) Sami Nair: «Un espejismo colectivo», *El País*, 12-6-1992.

La fortuna privada de ciertos hombres de negocios locales supera al PIB combinado de los veintiún Estados árabes.

La posición de la Unión Europea

Ante una realidad como la del sur del Mediterráneo descrita, ¿qué debe, qué puede hacer una colectividad de Estados y de pueblos como la integrada por la Unión Europea? Una Unión que es paradigma del sistema democrático, liberal, constitucional y capitalista, ausente en la orilla sur del Mare Nostrum.

A menudo, y desde círculos diversos, se pide a la Unión Europea que plantee con claridad su política hacia el Magreb. La Conferencia ministerial euromediterránea, celebrada en Barcelona el 27 y 28 de noviembre de 1995, ha puesto las cartas sobre la mesa. La pretensión de dicha Conferencia —el lanzamiento de una Asociación Euro-mediterránea que, en el año 2010, culmine en una zona de libre comercio— supone la tercera fase de las iniciativas eurocomunitarias hacia los vecinos del Sur durante las últimas décadas.

El mero planteamiento de esta tercera iniciativa, que la Unión desearía fuera la definitiva, y la convicción de la absoluta necesidad de llevarla a cabo para evitar un deterioro irreversible del área mediterránea, revela la implícita insatisfacción comunitaria (explícita en amplios sectores de opinión) respecto a los dos intentos anteriores.

El primero, efectuado a lo largo de la década de los setenta, supuso la firma de acuerdos de cooperación en Magreb y

***La Asociación Euromediterránea
concederá prioridad a la
modernización de las estructuras
económicas y sociales.***

Mashrek que incluían aspectos comerciales, financieros y tecnológicos. Sin embargo, esta fase inicial no evitó el agravamiento del tradicional déficit comercial de los Estados surmediterráneos. Según datos de una institución comunitaria —el Comité Económico y Social Europeo— que maneja el profesor Sami Nair, la ayuda financiera demostró ser tan ineficaz como inadecuada: «Los préstamos del Banco Europeo de Inversiones se concedieron con las condiciones del mercado privado; las ayudas no reembolsables fueron utilizadas en gran parte para bonificaciones de intereses y un porcentaje elevado de los préstamos en realidad benefició sobre todo a las empresas europeas» (6).

Sin necesidad de ser excesivamente radicales en el juicio y reconociendo virtudes (7) a la segunda fase de la estrategia comunitaria que se abre en 1990 con el nombre de Política Mediterránea Renovada (este último adjetivo se comenta por sí mismo), baste decir que la Unión debió apreciar algo más que signos disfuncionales cuando decidió acometer la tercera etapa.

La reflexión sobre la misma comienza en el Consejo Europeo de Lisboa (junio 1992), continúa en el de Corfú (junio 1994) y se

(6) Sami Nair: «Europa y el Mediterráneo», *El País*, 20-9-1995.

(7) Programas sectoriales-funcionales como Med-Campus, Med-Medias o Med-Invest son de interés indudable.

define en el de Essen (diciembre 1994). El criterio rector es perfilar un sistema permanente de relaciones, en un espíritu de asociación, con los vecinos surmediterráneos. Se pretende, a diferencia del panorama anterior, en que ha primado lo bilateral, establecer un marco multilateral entre la Unión Europea y el Sur, un enfoque global y coordinado. Queda abiertamente proclamado que, en sus relaciones con los Estados surmediterráneos, la Unión Europea persigue el objetivo de garantizar la estabilidad y la prosperidad en la zona.

En los últimos documentos comunitarios aprobados inmediatamente antes de la Conferencia de Barcelona (8) —y de cara a la consecución de la mencionada zona de libre comercio en 2010— se insistía en las ideas de paz, estabilidad, cooperación y prosperidad. Pero resulta sintomático y esperanzador comprobar que, expresamente, se mencionaba, en más de una ocasión, no sólo la lucha contra la pobreza sino «la necesidad de una mejor comprensión entre las culturas», al tiempo que se reconocía que, al implicar la iniciativa euromediterránea «un diálogo con países situados en el mundo arabomusulmán... tendrá en cuenta las especificidades culturales de la región».

La Asociación Euromediterránea dada a luz en Barcelona comprende tres grandes áreas: política y de seguridad; económica y financiera; social, humana y cultural. La primera contempla, entre otros capítulos, el desarrollo del Estado de derecho y de la democracia para todos los socios, así como el reforzamiento de la tolerancia, la diversidad y el pluralismo en cada respectiva sociedad.

(8) En el Consejo Europeo de Cannes (abril 1995) y los elaborados por la presidencia española de la Unión a lo largo del segundo semestre de 1995 en preparación de la Conferencia de Barcelona.

La Asociación desea, vía medios económicos y financieros, lograr una zona de prosperidad compartida. Se concederá atención prioritaria a la reestructuración y modernización de las estructuras económicas y sociales de los Estados surmediterráneos de cara a la implantación progresiva (1996-2010) de un área de libre comercio. Ello, unido a un crecimiento rápido y sostenible, es considerado esencial para el éxito económico de la cuenca. Se es consciente de que se necesitarán inversiones extranjeras directas mucho mayores que las hasta ahora obtenidas. Pero, simultáneamente, se insiste en que la base de la inversión debe ser el ahorro interno surmediterráneo. Está por ver si las supuestas virtudes de la Asociación Euromediterránea son capaces de convencer a los *sui generis businessmen* de que habla Corm para que reintegren a casa al menos parte de los ingentes capitales que mantienen en el exterior.

En lo que se refiere al capítulo humano, cultural y social de la deseada Asociación, éste persigue fomentar los intercambios entre las distintas sociedades civiles de la zona. Se pretende una cooperación lo más descentralizada y ágil posible, con especial atención a la cultura y educación de los jóvenes, la sanidad y la emigración. Se aspira, asimismo, a una coordinación en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo (9).

(9) Resalto un par de aspectos que me parecen sujetos a controversia en este campo. De un lado —y dadas las características y naturaleza civilizacional de las sociedades magrebíes— el debate está servido sobre lo que, en Estados *no* democráticos, se considera terrorismo y qué lucha de liberación nacional y/o social. Por otro, no hay que olvidar que, en algunas de estas sociedades, los islamistas *no* radicales ni violentos integran, reivindicando y pregonando la sociedad civil y llevan a cabo utilísimas acciones asistenciales a nivel de familia y de barrio en los sectores sanitarios y educativos, allí donde no llega (que es mucho) la labor asistencial del estado. Es lo que Kepel denomina el «islam desde abajo».

¿Funcionará la Asociación Euromediterránea?

El Magreb necesita una urgente y activa política mediterránea por parte de la Unión Europea. Una política que atenúe la excesiva dependencia del Sur con respecto a Europa y que estimule la cooperación e integración entre los propios países surmediterráneos. Recuérdese que el comercio de la Unión Europea con Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Libia, Israel, Jordania, la Entidad Autónoma Palestina, Siria, Líbano, Turquía, Malta y Chipre equivale a menos del 7% del comercio total que realizan entre sí los propios países comunitarios; que el comercio intra-africano está en torno al 6% de las exportaciones-importaciones globales de África; que el comercio intra-magrebí supone el 3,5% del mundial y que las exportaciones industriales árabes equivalen aproximadamente al 4% del comercio mundial.

A pesar de las diversas fases de la estrategia europea hacia el Mediterráneo que hemos considerado —o en parte a causa precisamente de ellas— el agrandamiento de las diferencias económicas entre la orilla Norte y la Sur ha continuado. Aceptado prácticamente por todos está el hecho de que el tratamiento bilateral estricto impuesto hasta ahora por la Unión Europea (acuerdos individuales con cada país magrebí por separado) ha reforzado la dependencia del Sur con respecto al Norte e impedido —o seriamente dificultado— la cooperación y planificación intra-magrebí, consolidando la ex-

El Magreb necesita una política que atenúe su excesiva dependencia de Europa y estimule la cooperación entre los países surmediterráneos.

La integración en Europa de los países del Este podría suponer una pérdida de importancia del Mediterráneo para la UE.

cesiva orientación de la zona hacia el mercado europeo.

Al cúmulo de serias dificultades objetivas creadas desde fuera hay que añadir otras endógenas que complican aún más el panorama. Por ejemplo, el relativo fracaso asociativo que supone la Unión del Magreb Árabe, nacida en 1989 pero prácticamente paralizada a causa de las divergencias interárabes o, en general, la práctica inexistencia en el Magreb de estructuras de cooperación política, a diferencia de Europa oriental (donde están resultando de evidente interés práctico en la relación de este área regional con la Unión Europea).

En conexión con este último punto, merece la pena resaltar un aspecto preocupante para el Magreb. Y es que si la Conferencia intergubernamental comunitaria, a celebrar en 1996 con objeto de revisar el Tratado de Maastricht, supone un relanzamiento de la integración europea —unido al creciente papel de los países euro-orientales candidatos a la adhesión— podría producirse una pérdida de importancia económica del Mediterráneo para la Unión (10).

(10) Sobre todo ello realiza Martín Köhler unas interesantes reflexiones en «The new Mediterranean policy of the European Union. Challenge for the EU's common foreign and security policy», junio 1995 (edición revisada). Ponencia presentada en el Seminario *EU Policy towards the Mediterranean*, organizado por la Fundación Friedrich Ebert, Castelgandolfo, Italia, julio 1995.

Algo de lo que los países surmediterráneos recelan desde hace algún tiempo. El jefe de Estado de uno de los más importantes, Marruecos, que incluso desea la integración formal en la Unión, efectúa últimamente declaraciones sobre este particular. Así, recientemente, «en lo que se refiere al nuevo enfoque adoptado por Marruecos de cara a la adhesión a la Unión Europea, debemos tener en cuenta que existen dos escuelas: una, que busca la expansión al Este; otra, que se inclinaría más bien hacia el Sur. ¿A cuál dar prioridad? Yo creo que Europa no debería atender sólo al Este o al Sur, sino tener más bien una relación global con los países vecinos» (11). En cualquier caso, Rabat intensifica cuanto es posible las relaciones con Francia y —a pesar de las dificultades pesqueras— también con España.

El interés hispano-marroquí es mutuo, lo que no es extraño. Como recuerda la profesora Barbé, «la caída del muro de Berlín y la recuperación de la *Mitteleuropa* revive en España el sentimiento de periferia. Ante el interés por la frontera Este de Europa, el gobierno español incide en la necesidad de no olvidar la frontera Sur... y comienza una campaña en las instituciones comunitarias y en el Magreb» (12). Se empieza entonces en España —entusiasta seguidor de la integración y de la política comunitarias— a temer las posibles políticas de sustitución, esto es, la detracción de recursos de la CEE hacia el Este, en detrimento de los Estados mediterráneos. A partir de entonces, el Gobierno español inicia una estrategia mediterránea que tiene en la Conferencia de Barcelona de noviembre de 1995 su punto culminante (13).

(11) Entrevista con el rey Hassan II, Televisión Internacional francesa, 17-9-1995.

(12) Esther Barbé: «La política española de seguridad en la nueva Europa. Dimensión mediterránea e instrumentos europeos», *Revista d'Afers Internacionals*, CIDOB, Barcelona, 1993, 26, p. 79.

(13) Véase *El País*: «González insta a Marruecos a presionar a la Comunidad Europea para que no olvide el Magreb», 14-12-1989.

En mi opinión, los peligros que se cierren sobre la nueva estrategia mediterránea de la Unión son reales porque las dificultades son graves y pueden ser crecientes si no hay medidas eficaces y combinadas por parte del Norte y del Sur, con auténtica voluntad política de reforma.

Si el Magreb, antes de embarcarse a fondo en la prevista zona de libre comercio del 2010, no fomenta eficazmente su propia integración, la dependencia del Norte crecerá. No se olvide que ya la integración en la CEE de Grecia, España y Portugal dañó las posibilidades del comercio transmediterráneo y que, a menudo, la Comisión Europea se halla inevitablemente constreñida por las exigencias proteccionistas de los Estados mediterráneos de la Unión. Asimismo, dado que la política mediterránea comunitaria (a pesar de las aspiraciones de Marruecos) es de cooperación, pero no de integración, por razones políticas y culturales, no sería extraño que la profundización de la integración económica intraeuropea acabara primando sobre la cooperación mediterránea.

Unas semanas antes del nacimiento de la Asociación Euromediterránea, el vicepresidente de la Comisión Europea, Manuel Marín —siempre atento a las relaciones con el Sur— adoptaba una posición de realismo optimista. Marín estimaba que la Asociación Euromediterránea debería estimular considerablemente el comercio entre el Sur y el Norte, pero también entre los propios países terceros mediterráneos, que no podrán realizar con éxito las reformas socioeconómicas necesarias para alcanzar los objetivos que se buscan sin apoyo financiero y técnico masivo de la Unión Europea. Se trata, «más que de una simple expansión cuantitativa de la cooperación, de un profundo cambio cualitativo de las relaciones entre los asociados de esta región; la Unión Europea desea otorgar a los terceros países mediterráneos el lugar que les corresponde

***Para poner fin a la violencia
extremista es necesario integrar
en el sistema político
a los islamistas moderados.***

en la economía mundial. Ahora, basándose en estas orientaciones generales, es necesario elaborar una verdadera estrategia determinando las prioridades, los instrumentos y los recursos necesarios. La Conferencia de Barcelona de noviembre de 1995 marcará una etapa decisiva en este proceso: reunirá al conjunto de países interesados y dará la señal de partida para la asociación deseada por la Unión Europea, y en ella los países participantes establecerán conjuntamente las bases de la cooperación para los próximos años» (14). No se le escapa, empero, al comisario Marín que la tarea no será fácil. Refiriéndose al objetivo a lograr, la creación de una vasta zona de libre comercio, reconoce que «implica ajustes bastantes gravosos por parte de los países candidatos, particularmente en el campo reglamentario (aduanas, normas, protección de la propiedad intelectual, etcétera)» (15).

Algunos críticos de la política comunitaria mediterránea, como Sami Nair, proponen instrumentos alternativos o complementarios: «También se puede pensar en crear un fondo interregional de financiación euro-árabe-mediterráneo alimentado por deducciones sobre el comercio público y privado que estaría gestionado por representantes de cada país y financiaría políticas fundamen-

(14) Manuel Marín: «Perspectivas de la política de cooperación de la Unión Europea», *Sistema*, número especial dedicado a «La cooperación al desarrollo», Madrid, septiembre 1995, p. 73.

(15) Marín, *op. cit.*, p. 73.

talmente sociales; tanto para los países del arco Sur como para las zonas pobres de la orilla Norte» (16).

Esta propuesta del catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad de París VIII conecta con las reflexiones del ex presidente Mitterrand sobre temas de desarrollo, quien siempre ha pensado que los países ricos continúan extrayendo las riquezas de los más pobres sin las debidas compensaciones. En los meses anteriores a los preparativos de la Cumbre de la Tierra, insistió en que «la libre actuación de las fuerzas del mercado no podrá resolver los problemas económicos y ecológicos de los países pobres. Las prescripciones de las filosofías o ideologías liberales tienen como esencia permitir a cada cual hacer lo que quiera y eso quiere decir que el más fuerte está autorizado a aplastar al más débil. Eso es lo que ocurre en las relaciones entre el Norte y el Sur». (*El País*, 18-12-1991). Continuando con esta línea de pensamiento, en la muy reciente Cumbre sobre la Pobreza de Copenhague, Mitterrand se preguntaba por qué no se buscaban medidas concretas: «¿Por qué no introducir, por ejemplo, un impuesto sobre los movimientos especulativos de capitales, como propone James Tobin (premio Nobel de Economía), una tasa ínfima que permitiría hacer tantas cosas por el desarrollo? Las instituciones de Bretton Woods

(16) Sami Nair: «Una contradicción perturbadora. El sentido de la Conferencia sobre Cooperación y Seguridad en el Mediterráneo», *El País*, 4-7-1991.

Occidente debe adoptar en las relaciones internacionales una actitud que mitigue la arrogancia cultural e ideológica que a menudo despliega.

también tienen que adaptarse. Hay que introducir lo social en la política» (*El País*, 12-03-1995).

Un par de consideraciones finales. Una, que afecta a nuestro marco general de referencia, la realizada el profesor Aliboni, del romano Istituto Affari Internazionali: «Si los países del litoral mediterráneo están ligados por especiales lazos de solidaridad es, y seguirá siendo, una cuestión muy debatida... los países de Europa meridional se han ido progresivamente integrando en la Comunidad Europea, mientras que los países árabes del Mediterráneo han continuado formando parte del mundo árabe e islámico. Por eso, el Mediterráneo no es un (centro) naturalmente destinado a producir solidaridad, sino más bien una frontera que separa mundos que, cultural, económica y políticamente están muy distantes entre sí: el mundo judeo-cristiano y el islámico, el desarrollado y el subdesarrollado, el democrático y el autoritario. Ello no significa que la cooperación y la seguridad a través de esa frontera sean imposibles. Son posibles, pero no se puede considerar que con seguridad ocurrirá. Requieren un esfuerzo de la voluntad y una gestión específica» (17).

La otra consideración atañe a un aspecto estrictamente político pero fundamental. En mi opinión, la operación que acaba de despegar en Barcelona tendrá escasas posibilidades de éxito si no se trabaja simultáneamente, en ambas orillas de nuestro mar, para poner fin a la violencia extremista que sacude a algunos países magrebís y que puede contagiar a otros.

Y no veo otra fórmula para ello que una apertura y liberalización política en los Estados surmediterráneos que haga factible la

(17) Roberto Aliboni: *European security across the Mediterranean*, Institute for Security Studies, Western European Unión, París, 1991, p. 1.

integración en el sistema de los integristas moderados o, si se prefiere, la socialdemocratización del islamismo. Es lícito preguntarse si, dado su programa y comportamiento, la apertura (y la reestructuración económica dictada por el FMI y apoyada por la Unión Europea) es posible con los islamistas. Pero, si se pretende disminuir el foso entre el Estado y la sociedad civil en el Magreb y propiciar la cooperación y la negociación requeridas para llevar a cabo una dura y dolorosa reestructuración económica, ¿es posible —dada la comprobada fuerza y arraigo social de los islamistas— excluirles sin arriesgar toda la operación? (18).

Por eso pienso que es urgente trabajar por la incorporación al sistema del islamismo moderado. Aún cuando se sea escéptico sobre la virtualidad concepcional o la existencia real de tal categoría, es preciso impulsar la dinamización de la mayor cantidad posible de sectores sociales musulmanes que crean en la no violencia, lo que podría inducir a un área, tal vez significativa, y que provisionalmente podríamos denominar islamista moderada, a repudiar el extremismo violento.

Ello exigía, en los Estados magrebíes, el compromiso gubernamental creíble de propiciar una reforma socioeconómica y un

marco político que verdaderamente permita la participación de todos en el sistema, respetando la identidad cultural y la cosmogonía islámica. Es asimismo importante la actitud exterior, en particular la de Occidente, quien debe adoptar en las relaciones internacionales posiciones que mitiguen la arrogancia cultural-ideológica que a menudo despliega.

La conjunción de estos requisitos favorables puede llevar al mundo musulmán a emprender una reevaluación de su herencia islámica que no abandone el compromiso con los ideales que la conformaron pero, simultáneamente, sin resultar prisioneros de sus defectos ni tratar a estos como sagrados. Una de las ideas centrales de los reformadores islámicos del Derecho es que Dios, en cuanto creador, no reducirá su voluntad a leyes rígidas y que interpretar tal voluntad como doctrina legal inflexible supone una grave y mala lectura de las enseñanzas coránicas. Aún sumamente difícil en las actuales circunstancias, un inicial consenso —hoy inexistente— sobre el establecimiento de un marco social, económico y jurídico digno (tampoco hoy presente en la mayoría de las colectividades musulmanas) podría contribuir a la ordenación de un sector islamista. En cualquier caso, hay que dar tiempo al tiempo.

(18) Sobre ello, véase Gudrun Kramer, «The integration of the integrists: a comparative study of Egypt, Jordan and Tunisia», *Democracy without democrats?*, p. 205, y Emilio Menéndez del Valle, «¿Socialdemocratización del islamismo?», *Temas para el Debate*, Madrid, Octubre 1995.

Diversos autores se están ocupando recientemente del asunto. Entre otros: Ghassan Salame: «Islam and the West», *Foreign Policy*, Nueva York, primavera 1993; Saad Eddin Ibrahim, *op. cit.*; Said

Saadi, «No he encontrado islamistas moderados», *El País*, 15-5-1995; Judith Miller, «The challenge of radical Islam», *Foreign Affairs*, primavera 1993; Leon Hadar, «What green peril?», *Foreign Affairs*, Spring 1993; Oliver Roy, «Vers un compromis historique au Maghreb?», *Manière de voir*, París, noviembre 1994; Rémy Leveau, *Le sabre et le turban. L'avenir du Maghreb*, Francois Bourin, París, 1993; Edward G. Shirley, «Fundamentalism in power: is Iran's present Algeria's future?», *Foreign Affairs*, mayo-junio 1995.